



Carta apostólica con la que el Papa Juan Pablo II instituye la Academia pontificia para la vida

❶ El *misterio de la vida*, y en especial de la vida humana, atrae cada vez más la atención de los estudiosos, impulsados por las extraordinarias posibilidades que el progreso de la ciencia y de la técnica brinda hoy a sus investigaciones. La nueva situación, a la vez que abre fascinantes perspectivas de intervención en los manantiales mismos de la vida, plantea, asimismo, múltiples e inéditas cuestiones de orden moral, que el hombre no puede descuidar sin correr el riesgo de dar pasos tal vez irreparables.

Consciente de ello, la Iglesia, que por mandato de Cristo tiene la misión de iluminar las conciencias de los hombres sobre las exigencias morales que brotan de su naturaleza, «después de haber considerado los datos adquiridos por la investigación y la técnica, desea proponer, en virtud de la propia misión evangélica y su deber apostólico, la doctrina moral conforme a la dignidad de la persona y de su vocación integral» (Congregación para la doctrina de la fe, instrucción *Donum vitae*, 1; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de marzo de 1987, p. 149). Esa tarea es particularmente urgente en nuestro tiempo, si se considera que «en la aceptación amorosa y generosa de toda vida humana, sobre todo si es débil o enferma, la Iglesia vive hoy un momento fundamental de su misión, tanto más necesaria cuanto más dominante se hace una «cultura de muerte» (*Christifideles laici*, 38).

❷ Desde hace ya muchos siglos, la Iglesia se ha comprometido en el campo de la sanidad y a menudo se ha anticipado a las intervenciones de los Estados. Mediante su acción asistencial y pastoral, sigue proclamando también hoy el *evangelio de la vida* en las diversas situaciones históricas y culturales, valiéndose de una pedagogía fiel a la verdad evangélica y atenta

a los *signos de los tiempos*. En el ámbito de la sanidad, de manera especial, siente la necesidad de profundizar todo posible conocimiento al servicio de la vida humana para que, allí donde la técnica no sea capaz de dar respuestas exhaustivas, pueda manifestarse la *ley de la caridad*. Esta ley, en efecto, inspira toda su actividad misionera y la impulsa a expresar de manera siempre viva y actual el mensaje de Cristo, que vino para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (cf. *Jn* 10,10).

③ Al instituir, el 11 de febrero de 1985, la Comisión pontificia, ahora Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios, señalé, entre sus finalidades, la de «explicar, defender y difundir las enseñanzas de la Iglesia en materia de sanidad, y fomentar su penetración en la práctica» (*Motu proprio Dolentium hominum*, 6; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 24 de febrero de 1985, p. 12). Y esa finalidad del dicasterio citado la reafirmé en la constitución apostólica *Pastor bonus* (art. 153, §§ 3-4). Eso exige que todos los agentes sanitarios deben formarse adecuadamente en el campo de la moral y en el de la bioética (cf. Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos de 1991, *Declaración final*, 10), para que quede de manifiesto que la ciencia y la técnica, puestas al servicio de la persona humana y de sus derechos fundamentales, contribuyen al bien integral del hombre y a la realización del proyecto divino de salvación (cf. *Gaudium et spes*, 35).

④ Con vistas al logro de esas finalidades, después de haber recogido las sugerencias manifestadas por los máximos responsables de la pastoral sanitaria, y consciente de que la Iglesia, en el servicio de la vida, no puede menos de encontrarse con la ciencia (Concilio Ecuménico Vaticano II, *Mensaje a los hombres del pensamiento y de la ciencia*, 8 de diciembre de 1965), con este *motu proprio* instituyo la *Academia pontificia* para la *vida*, que, a tenor de sus Estatutos, es autónoma. Ahora bien, está vinculada y actúa en íntima relación con el Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios. Tendrá la misión específica de estudiar, informar y formar en lo que atañe a las principales cuestiones de biomedicina y derecho, relativas a la promoción y a la defensa de la vida, sobre todo en las que guardan mayor relación con la moral cristiana y las directrices del Magisterio de la Iglesia.

⑤ La Academia pontificia para la vida, con sede en el Vaticano, será dirigida por el presidente, nombrado por mí, el cual contará con la ayuda de un Consejo y un consejero eclesiástico. Corresponderá al presidente de la Academia pontificia convocar su asamblea, impulsar sus actividades, aprobar su programación anual, vigilar su administración, a tenor de sus Estatutos propios, que se han de someter a la aprobación de la Sede Apostólica.

Los miembros de la Academia, nombrados por mí, serán escogidos de las diversas ramas de la ciencia biomédica y de las ciencias más íntimamente relacionadas con los problemas que atañen a la promoción y defensa de la vida.

También están previstos miembros que colaborarán por correspondencia.

⑥ Invocando la asistencia divina sobre la actividad de la nueva Academia, cuyos trabajos seguiré con vivo interés, me complace impartir a todos sus miembros y colaboradores y a cuantos contribuyan al éxito de esta iniciativa, la bendición apostólica.

Vaticano, 11 de febrero de 1994, décimo sexto año de mi pontificado.

JUAN PABLO II

CUARESMA 1994
LA FAMILIA, AL SERVICIO DE LA CARIDAD;
LA CARIDAD, AL SERVICIO DE LA FAMILIA

(Mensaje del Papa Juan Pablo II para la Cuaresma de 1994)

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

❶ El tiempo de Cuaresma es un tiempo favorable que el Señor nos da, para renovar nuestra decisión de convertirnos y de fortalecer en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, con el fin de introducirnos en la Alianza querida por Dios y gozar de un tiempo de gracia y reconciliación.

«*La familia está al servicio de la caridad, la caridad está al servicio de la familia*». Con ese lema, que ha sido elegido para el año 1994, deseo invitar a todos los cristianos a transformar su existencia y a modificar sus comportamientos para llegar a ser fermento y para hacer crecer en el seno de la familia humana la caridad y la solidaridad, valores esenciales de la vida social y de la vida cristiana.

❷ Ante todo, las familias han de tomar conciencia de su misión en la Iglesia y en el mundo. En la oración personal y comunitaria reciben al Espíritu Santo, que obra en ellas y a través de ellas cosas nuevas y abre el corazón de los fieles a una dimensión universal. Recibiendo de la fuente del amor, cada uno se preparará para transmitir este amor mediante su vida y sus obras. La oración nos une con Cristo y transforma a todos los hombres en hermanos.

La familia es el lugar privilegiado para la educación y el ejercicio de la vida fraterna, de la caridad y la solidaridad, cuyas expresiones son múltiples. En las relaciones familiares se debe tomar con interés, acoger y respetar a los demás, los cuales han de poder encontrar el lugar que les corresponde en la familia. La vida en común es, además, una invitación a compartir, que permite salir del egoísmo. Aprendiendo a compartir y a darse se descubre la alegría inmensa que proporciona la comunión de bienes. Los padres, con delicadeza, tendrán buen cuidado de despertar en sus hijos, mediante el ejemplo y las enseñanzas, el sentido de la solidaridad. Desde la infancia, cada uno está llamado también a hacer la experiencia de lo que significa la privación y el ayuno, para forjar así su carácter y domi-

nar sus instintos, en particular el de la posesión exclusiva para uno mismo. Lo que se aprende en la vida de familia permanece luego durante toda la existencia.

QUE LAS FAMILIAS SEAN SOLIDARIAS CON LOS DEMÁS

③ En los momentos particularmente difíciles por los que atraviesa nuestro mundo, pedimos que las familias, a ejemplo de María, que se apresuró a visitar a su prima Isabel, sepan hacerse cercanas a los hermanos que padecen necesidad y que les encomienden en sus oraciones. Como el Señor, que cuida de los hombres, que también nosotros podamos decir: «He visto la aflicción de mi pueblo, sus gritos han llegado hasta mí» (1 Sam 9,16); nosotros no podemos permanecer sordos a sus llamadas, pues la pobreza de un número cada vez creciente de hermanos nuestros destruye su dignidad de hombres y desfigura a la Humanidad entera: es una injuria al deber de solidaridad y de justicia.

④ Hoy nuestra atención ha de dirigirse especialmente hacia los sufrimientos y las carencias familiares. En efecto, muchas familias se hallan sumidas en la pobreza y no disponen del mínimo vital para nutrirse y alimentar a los hijos, ni para que éstos puedan crecer física y psíquicamente de modo normal, y desarrollar una actividad escolar adecuada y con regularidad. Muchas familias no disponen de medios para una vivienda digna. El desempleo se hace sentir cada vez más y acrecienta en proporciones considerables la depauperización de sectores enteros de población.

Muchas mujeres se encuentran solas para hacer frente a las necesidades de sus hijos y para educarlos, lo cual lleva frecuentemente a los jóvenes a vagar por las calles, a refugiarse en la droga, en el abuso del alcohol y en la violencia. Se constata en la actualidad un aumento de parejas y de familias que atraviesan problemas psicológicos y de relación interpersonal. Las dificultades sociales contribuyen a menudo a la disgregación del núcleo familiar. Con demasiada frecuencia no es aceptado el niño que va a nacer. En ciertos países, los menores se ven sometidos a condiciones inhumanas o son explotados vergonzosamente. Las personas ancianas y los minusválidos, al no ser rentables económicamente, relegadas a una soledad extrema, haciéndoles sentirse inútiles. Por ser de otras razas, culturas o religiones, hay familias que son expulsadas de la tierra donde viven.

⑤ Antes tales flagelos, que afectan al conjunto del planeta, no podemos callar ni permanecer pasivos, pues desgarran la familia, célula básica de la sociedad y de la Iglesia. Ante todo esto hemos de reaccionar. Los cristianos y los hombres de buena voluntad tienen el deber de sostener a las familias en dificultades, facilitándoles los medios espirituales y materiales para salir de las situaciones, frecuentemente trágicas, que acabamos de mencionar.

En este tiempo de Cuaresma invito, pues, ante todo, a compartir con las familias más pobres, de manera que ellas puedan asumir, particularmente en lo que se refiere a los hijos, las responsabilidades que les compete. No se les puede rechazar por ser diferentes, débiles o pobres. Por el contrario, la diversidad representa una riqueza para la edificación común. Cuando damos a los pobres, es a Cristo a quien estamos dando, pues ellos se «revisten con el rostro de nuestro Salvador» y «son los preferidos de Dios» (San Gregorio de Nisa, *Sobre el amor a los pobres*). La fe exige compartir con nuestros semejantes. La solidaridad en lo material es una expresión esencial y prioritaria de la caridad fraterna; provee a cada uno los medios de subsistencia y cómo vivir su vida.

La tierra y sus riquezas pertenece a todos. «La fecundidad de toda la tierra ha de ser la fertilidad para todos» (San Ambrosio de Milán, *Nabot*, VII, 33). En las horas dolorosas del presente no es suficiente, sin duda, tomar de lo superfluo, sino que se han de transformar los comportamientos y los modos de consumo, con objeto de tomar de lo necesario, no conservando sino lo esencial para que todos puedan vivir con dignidad. Hagamos ayunar nuestros deseos de poseer —a veces inmoderados—, con el fin de ofrecer a nuestro prójimo aquello de que carece radicalmente. El ayuno de los ricos ha de convertirse en alimento para los pobres (cf. San León Magno, Homilía 20 sobre el ayuno).

QUE LAS FAMILIAS NO DEPENDAN SÓLO DE LAS AYUDAS

⑥ Hago una llamada particular a las comunidades diocesanas y parroquiales, sobre la necesidad de encontrar los medios prácticos para ayudar a las familias necesitadas.

Sé que numerosos Sínodos diocesanos se han puesto ya en camino en esta dirección. La pastoral familiar ha de tener también un papel de primer orden. Por otra parte, en los organismos civiles en los que participan, los cristianos han de hacer presente siempre esta prioridad, junto con el deber imperioso de ayudar a las familias más débiles.

Me dirijo también a los dirigentes de las naciones, para que, tanto en su país como a nivel mundial, se esfuercen por encontrar los medios para detener la espiral de la pobreza y del endeudamiento de los hogares.

La Iglesia espera que, en las políticas económicas, los dirigentes y los responsables de empresas tomen conciencia de los cambios que se han de hacer y de sus obligaciones, para que las familias no dependan únicamente de las ayudas que se les concede, sino que el trabajo de sus miembros pueda proveer de los medios para su sustento.

7 La comunidad cristiana acoge con gozo la iniciativa de las Naciones Unidas de proclamar el 1994 como Año Internacional de la Familia, y en el ámbito de sus posibilidades aporta decididamente su contribución específica.

¡No cerremos hoy nuestro corazón, sino oigamos la voz del Señor y el grito de nuestros hermanos los hombres!

Que las obras de caridad, hechas durante esta Cuaresma por las familias y para las familias, proporcionen a cada uno la alegría profunda de abrir los corazones a Cristo resucitado, «*primogénito de una multitud de hermanos*» (Rom 8,29).

A cuantos respondan generosamente a esta llamada del Señor les imparto de corazón la bendición apostólica.

Ciudad del Vaticano, 3 de septiembre de 1993.

JUAN PABLO II



SON NUESTROS
HERMANOS

DISTRIBUCIÓN MÁS EQUITATIVA DEL CLERO EN EL MUNDO

(Discurso del Santo Padre a la Comisión Interdicasterial Permanente)

El viernes, 26 de febrero, el Romano Pontífice recibió en audiencia, a los miembros de la Comisión Interdicasterial Permanente para una Distribución más Equitativa del Clero en el mundo, con ocasión de su primera asamblea plenaria. Esta comisión, que instituyó Juan Pablo II por indicación de la Asamblea General del Sínodo de los obispos de 1990, tiene por finalidad ser instrumento de enlace, coordinación y verificación entre las Iglesias, para impulsar la generosidad, señalar urgencias e indicar prioridades; sensibilizar a las Iglesias respecto a la urgencia de la «comunicación de bienes»; informar, orientar la experiencia de los sacerdotes «Fidei donum» y el compromiso de los institutos religiosos hacia las prioridades pastorales que resultan más vivas en el proyecto global de la nueva evangelización. Ofrecemos seguidamente el discurso del Santo Padre, traducido del italiano.

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

❶ Me alegra acogeros con ocasión de la primera reunión plenaria de la Comisión para una Distribución más Equitativa de los Sacerdotes en el Mundo, bien consciente de la importancia del trabajo que habéis realizado estos días. Os proponéis elaborar una estrategia global para intensificar y coordinar la *comunicación de bienes* entre las Iglesias particulares. Es una obra que se inserta perfectamente en el programa de la nueva evangelización, que ha comenzado durante este último decenio en todas las Iglesias, uno de cuyos presupuestos fundamentales es, precisamente, la presencia de un gran número de sacerdotes bien preparados.

Vuestra Comisión para una Distribución más Equitativa de los Sacerdotes en el Mundo es muy joven. La idea de su constitución nació al término de la Asamblea General del Sínodo de los obispos de 1990. El testimonio de algunos padres sinodales hizo patente entonces la situación dramática de muchas comunidades cristianas obligadas a permanecer sin la Eucaristía dominical y la necesaria instrucción religiosa, y a estar así más expuestas al proselitismo de las sectas por falta de sacerdotes. Ante esta situación, la Asamblea sinodal sugirió que se estudiaran soluciones oportunas para afrontar el problema de la escasez de clero en algunas regiones.

Aceptando esta orientación sinodal, he decidido instituir, de acuerdo con la norma del art. 21, par. 2, de la Constitución Apostólica *Pastor bo-*

nus, una Comisión Interdicasterial Permanente para una Distribución más Equitativa del Clero en el Mundo.

PRIMERAS INICIATIVAS

② A decir verdad, el problema de la carencia de sacerdotes no es nuevo. De forma y en medida diversas, ha existido también en otras épocas. La disciplina que el Papa Pío XII introdujo a este respecto mediante la encíclica *Fidei donum* (21 de abril de 1957) tuvo una importancia fundamental, porque abrió el camino al compromiso personal y directo de muchos sacerdotes diocesanos en las tierras de misión. El concilio Vaticano II, haciendo suya esta línea, renovó la invitación a los presbíteros de las diócesis más ricas en vocaciones a mostrarse «de buen grado dispuestos, con permiso o por exhortación de su propio obispo a ejercer su ministerio en regiones, misiones u obras que sufren escasez de clero» (*Presbyterorum ordinis*, 10 cf. *Christus Dominus*, 6 y *Ad gentes*, 35). A fin de poner por obra los decretos conciliares, mi venerado predecesor Pablo VI, con el *Motu Proprio «Ecclesiae Sanctae»* (6 de agosto de 1966), instituyó una comisión especial en la Congregación para el Clero «con la función de emanar principios generales para una distribución mejor del clero, teniendo en cuenta las necesidades de las diversas Iglesias» (I,I). Después de una amplia consulta se promulgó el documento «*Postquam Apostoli*» (25 de marzo de 1980), con el fin de precisar las normas directivas para la colaboración de las Iglesias particulares y especialmente para una mejor distribución del clero en el mundo.

Esas invitaciones autorizadas han encontrado una aceptación generosa por parte de miles de sacerdotes diocesanos y religiosos, que se han mostrado dispuestos, durante estos últimos treinta años, a ejercer su servicio presbiteral en comunidades eclesiales necesitadas.

INTERCAMBIO Y COLABORACIÓN

③ Esas iniciativas de intercambio entre las diócesis responden a una exigencia primaria de la comunión eclesial. Realizada por el Espíritu y

manifestada del modo más pleno por la legítima celebración eucarística, esta comunión pide expresarse en la vida concreta de personas que se hacen cargo efectivamente de los sufrimientos y las necesidades de sus hermanos. ¿Acaso no era éste el estilo de las primeras comuniones cristianas? Siempre dispuestas a alegrarse de la fe de sus hermanos (*Rm 1,8; 1 Ts 1,7*), se muestran prontas también a dolerse con sus tribulaciones (*2 Ts 1,4*) y proveer a sus necesidades con el envío de personal (*Hch 13,3*) y ayuda material (*Rm 15,25-28*).

El mismo estilo debe caracterizar a las comunidades cristianas de nuestros días. No se trata de una colaboración orientada en un único sentido, sino de un intercambio. En efecto, como precisa el documento *Postquam Apostoli* «existe una verdadera reciprocidad entre las dos Iglesias (la que da y la que recibe), porque la pobreza de una Iglesia que recibe ayuda hace más rica a la Iglesia que se priva para dársela, y lo hace tanto vigorizando el celo apostólico de la comunidad más rica, cuanto comunicándole sobre todo sus experiencias pastorales, que con frecuencia son utilísimas» (n. 15, *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 24 de agosto de 1980, p. 10).

Así como las Iglesias más jóvenes tienen ciertamente necesidad de contar con la fuerza y los medios de las más antiguas, del mismo modo las Iglesias que han nacido antes pueden recibir mucho del testimonio y de la vitalidad de las comunidades cristianas más recientes. A este propósito es ejemplar la orientación de los obispos latinoamericanos en Puebla confirmada recientemente en Santo Domingo: «Dar de la propia pobreza».

DINÁMICA DE COMUNIÓN

④ La Santa Sede no puede permanecer inactiva en esa dinámica de comunión e intercambio intereclesial. Aunque es verdad que corresponde a las Conferencias Episcopales «el papel principal e indispensable para una colaboración más eficaz entre las Iglesias particulares» (*Postquam Apostoli*, 18), sin embargo, la misión de *presidir en la caridad*, propia de la Iglesia de Roma, tiene que hallar el modo de manifestarse también en este campo.

Sin pretender reemplazar a las Conferencias Episcopales y a sus organismos destinados expresamente a la cooperación entre las Iglesias, la San-

ta Sede quiere ser un instrumento de enlace, de coordinación y de verificación para impulsar la generosidad, señalar urgencias e indicar prioridades.

Por tanto, una tarea de vuestra Comisión es, en primer lugar, sensibilizar las Iglesias respecto a la urgencia de la *comunicación de bienes*. Se trata de una obra de información y señalización que, es de desear, se convierta en algo constante y capilar.

La Comisión está llamada, además, a orientar la experiencia de los sacerdotes *Fidei donum* y el compromiso de los institutos religiosos hacia las prioridades pastorales que resultan más vivas en el proyecto global de la nueva evangelización.

PROMOCIÓN DE LAS VOCACIONES

⑤ No cabe duda de que entre esas prioridades pastorales hay que colocar el empeño por aumentar las vocaciones sacerdotales en las mismas diócesis carentes de sacerdotes. Habrá que encontrar el modo más adecuado para cada una de las situaciones. Es necesario y urgente que se proponga un plan orgánico de pastoral vocacional en cada diócesis dedicando sacerdotes a tiempo pleno a su realización; que se mejoren los seminarios ya existentes y que se creen otros nuevos con formadores bien preparados.

Muchas Iglesias de varias regiones del mundo son conscientes de no disponer en este momento de las fuerzas necesarias para lograr el deseado resurgir vocacional. Lo testimonian las numerosas peticiones de ayuda que en este sentido siguen llegando a la Santa Sede. Es, pues, indispensable que las comunidades eclesiales que cuentan con un número más elevado de clero estén dispuestas a llevar a cabo de alguna manera ese *intercambio*, de tal forma que garanticen a las Iglesias más necesitadas sacerdotes que puedan trabajar en la pastoral vocacional, en la animación de los seminarios y en la organización de centros para agentes pastorales. También los institutos religiosos están llamados de modo prioritario a colaborar con ese fundamental servicio de formación.

APERTURA DE CORAZÓN

⑥ Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, quien puede dar no debe permanecer indiferente. El futuro de la Iglesia depende

de esta generosidad. Una generosidad que no cuenta sólo con lo superfluo, sino que estimula a todas las comunidades eclesiales a compartir lo que tienen, aunque sea poco, confiando en la promesa del Señor. «Dad y se os dará; una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos» (Lc 6,38).

¡Jamás la disminución de vocaciones debe frenar el impulso misionero! Esta apertura del corazón, esta comunión de lo que se posee, impulsa precisamente a Dios a multiplicar sus dones.

El Señor, custodio y pastor de su pueblo, haga fecundo vuestro servicio a la comunión entre las Iglesias y a la difusión del Evangelio. María, estrella de la evangelización, os ilumine y os proteja siempre. Os bendigo a todos vosotros con afecto y vivo agradecimiento.

Vaticano, 26 de febrero de 1994

JUAN PABLO II

IX JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

Homilía del Papa durante la Santa Misa, el domingo de Ramos, en la plaza de San Pedro

Este año, la IX Jornada mundial de la juventud, se celebró en diversas diócesis

Más de cincuenta mil jóvenes de todo el mundo se reunieron en la plaza de San Pedro para celebrarla con el Santo Padre. Aunque la gran mayoría de los que participaron en la Misa del domingo de Ramos eran romanos, había también representaciones de diócesis italianas y de otras partes del mundo: Croacia, México, Austria, Portugal, Estados Unidos, Filipinas y un gran número de jóvenes españoles; de Zagreb habían venido 400 jóvenes.

Juan Pablo II bendijo los ramos de olivo y las palmas a las 10, al pie del obelisco situado en el centro de la plaza de San Pedro (los ramos procedían de Castelgandolfo y las palmas las habían traído de España). Siguió la procesión hasta el altar, colocado delante de la fachada del templo vaticano; formaban la procesión centenares de muchachos y muchachas de Roma, Turín, Nápoles, Denver, Manila, Alemania, Austria, Perú, España, etc.; tomaron parte, asimismo, dieciséis cardenales, numerosos arzobispos y obispos, otros prelados de la Curia romana, los canónigos de la basílica de San Pedro y 150 sacerdotes, que luego distribuyeron la comunión a los fieles.

Las lecturas del profeta Isaías y de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses se proclamaron en español e inglés, respectivamente; tres diáconos del seminario mayor de Roma leyeron la pasión en italiano. Las intenciones de la oración universal se hicieron en español, francés, portugués, alemán, polaco e inglés.

Durante el sagrado rito, Juan Pablo II pronunció en italiano la homilía que ofrecemos en estas páginas, traducida al español.



IX Jornada de la juventud

Vosotros, los jóvenes, sabéis que las piedras gritan. Son mudas, pero tienen una elocuencia particular, su grito. Cualquiera que se encuentre en las cumbres de los montes, por ejemplo, en las de los Alpes o el Himalaya, lo percibe. *La elocuencia, el grito de esos imponentes macizos es emocionante y hace que el hombre caiga de rodillas*, lo impulsa a volver a entrar en sí mismo y a dirigirse al Creador invisible. Esas piedras mudas hablan. Vosotros, los jóvenes, lo sabéis mejor que los demás, porque exploráis su misteriosa elocuencia realizando excursiones las montañas más altas, a fin de realizar un esfuerzo que os sirva para emplear vuestras energías jóvenes.

Vosotros lo sabéis y por eso Cristo dice de vosotros: «Si éstos callan, gritarán las piedras» (Lc 19,40). Lo dice en el momento de su entrada mesiánica en Jerusalén, mientras algunos fariseos trataban de hacer que callaran esos jóvenes que gritaban: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Mc 11,9). Cristo respondió: «Si éstos callan, gritarán las piedras». *Con esas palabras, amadísimos jóvenes, Jesús os ha lanzado un desafío. Y vosotros lo habéis aceptado.* Se trata de un desafío que se renueva, desde hace diez años, con ocasión del domingo de Ramos, en el que vosotros, los jóvenes, os reunís en la plaza de San Pedro para repetir: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!».

Nuestro *encuentro de 1984, en esta misma plaza, suscitó la idea de la Jornada mundial de la juventud.* Hoy, por décima vez, esa idea se hace realidad. Este año, habéis llegado aquí también vosotros, amigos americanos, desde Denver, para traer la cruz peregrina y entregarla a vuestros *coetáneos de Filipinas*, donde, Dios mediante, en enero del año próximo, se celebrará el nuevo encuentro mundial de los jóvenes: *Manila, 1995.*

2. «Gritarán las piedras». La piedra encierra una gran energía. En ella se manifiestan *las fuerzas de la naturaleza*, que elevan la corteza terrestre, formando cadenas de altas montañas. Las piedras pueden constituir una fuerza amenazadora. Pero, además de las rocas de las montañas, en las que se revela el misterio de la creación, hay también piedras que sirven al hombre para *las obras de su talento.* Basta pensar en todos los templos del mundo, en las catedrales góticas, en las obras del Renacimiento, como esta basílica de San Pedro, o en ciertos edificios sagrados del lejano Oriente.

Hoy, sin embargo, os invito a visitar espiritualmente un templo específico: *el templo del Dios de la alianza en Jerusalén*. De él sólo ha quedado un pequeño fragmento, llamado *Muro de las Lamentaciones*, porque junto a sus piedras se reúnen los hijos de Israel, recordando la grandeza del antiguo santuario, en el que Dios habitó y que fue objeto de un sano orgullo por parte de todo Israel. Fue arrasado en el año setenta después de Cristo. Por eso, hoy, ese Muro de las Lamentaciones es tan elocuente para los hijos de Israel, y también para nosotros, porque sabemos que en ese templo Dios estableció realmente su morada, y el espacio vacío del Santo de los Santos guardaba en su interior las tablas del Decálogo, que el Señor confió a Moisés en el Sinaí. Ese lugar santísimo estaba separado del resto del templo por un velo, que en el momento de la muerte de Cristo se rasgó de arriba abajo: signo conmovedor de la presencia del Dios la alianza en medio de su pueblo.

Así pues, subamos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre será entregado a la muerte y crucificado, para resucitar al tercer día. La fiesta de hoy, domingo de Ramos, nos recuerda y hace presente la entrada de Jesús en Jerusalén, cuando *los hijos e hijas de Israel proclamaron la gloria de Dios, saludando «al que viene en nombre del Señor»: «Hosana al Hijo de David»*.

3. *«Si éstos callan, gritarán las piedras»*. En realidad, los jóvenes no callan. Contemplamos con asombro cómo gritan. No dejan que hablen sólo las piedras; no permiten que los templos del Dios vivo se conviertan en frías piezas de museo. Hablan a voz en grito. Hablan en los diversos lugares de la tierra, y su voz se ha de oír. Así sucede que, *gracias a su testimonio, los jóvenes discípulos de Jesús son para muchos una sorpresa*.

Eso aconteció precisamente el año pasado en *Denver, Colorado* (EE. UU.), donde, con ocasión de una reunión tan numerosa de jóvenes de todo el mundo, se prevenían excesos juveniles, o incluso casos de violencia y atropello, con lo que se hubiera dado más bien un antitestimonio. Se calculaba que eso iba a suceder, y por eso se tomaron las debidas precauciones. Para vosotros, queridos amigos, fue un desafío. Y lo aceptasteis y respondisteis con vuestro testimonio. Un testimonio vivo, con el que *habéis destruido los tópicos* según los cuales se os quería ver y juzgar. Habéis manifestado lo que de verdad sois y deseáis. Y vuestra voz ha resonado en la metrópoli americana que está al pie de las Montañas Rocosas, de forma que tanto las cumbres de esas montañas como las gigantescas construcciones modernas debieron de asombrarse al oírlos y veros cómo sois de verdad.

4. Por eso, amadísimos jóvenes, no os sorprenda que, después de la experiencia de Buenos Aires, Santiago de Compostela, Jasna Góra y Denver, hoy quiera hablaros con el mensaje que Cristo dejó a los Apóstoles en su misterio pascual. *Estamos entrando en la Semana Santa*. Iremos a Jerusalén, al Cenáculo del Jueves Santo; subiremos al Gólgota; nos detendremos ante el Sepulcro, en el silencio de la Vigilia pascual; y luego volveremos de nuevo al Cenáculo para encontrarnos con el Resucitado, que nos repetirá lo que dijo a los Apóstoles, alegres por su presencia: «*Como el Padre me envió, también yo os envío*» (Jn 20,21).

«Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (Jn 20,20), escribe el evangelista Juan. También vosotros os alegraréis viéndolo entre vosotros vivo, vencedor sobre la muerte, que no pudo triunfar sobre él. Os alegraréis oyendo las palabras que os dirigirá. Os alegraréis porque se fía de vosotros, porque tiene tanta confianza en vosotros que os dice, por medio de vuestros pastores: «*Como el Padre me envió, también yo os envío*». *Vosotros esperáis que os envíe*, que os confíe su Evangelio, que os encomiende la salvación del mundo. Vuestros corazones jóvenes esperan oír del Redentor precisamente esas palabras.

El hombre debe tener la conciencia de ser enviado. Así lo dije el jueves pasado a los jóvenes de Roma. Sin esa conciencia, la vida humana se hace roma y polvorienta. *Ser enviado quiere decir tener una tarea por desempeñar*, una tarea comprometedora. Ser enviado quiere decir abrir los caminos a un bien grande, esperado por todos. Ser enviado quiere decir *estar al servicio e una causa suprema*.

Vosotros, los jóvenes, esperáis precisamente eso. Cristo desea encontrarse con vosotros y comprometeros en la gran misión que el Padre le confió. Es una misión que sigue viva y actual en el mundo, pero aún incompleta, siempre por realizar hasta el último día.

«*Ven conmigo a salvar al mundo, ya estamos en el siglo veinte*»: así cantaban en Polonia los jóvenes, en los tiempos tan difíciles de la lucha por la verdad y la vida, que es Cristo, y por el camino que él señala (cf. Jn 14,6). Hoy, mientras este siglo veinte se acerca a su fin, debemos pensar en el futuro, en el siglo veintiuno, en el tercer milenio. Este futuro os pertenece a vosotros. El futuro os pertenece. Sois los hombres y las mujeres del mañana. Y Cristo es «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8). Decid a todos vuestros coetáneos que él los espera y que únicamente él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68). Decidlo a todos vosotros coetáneos.

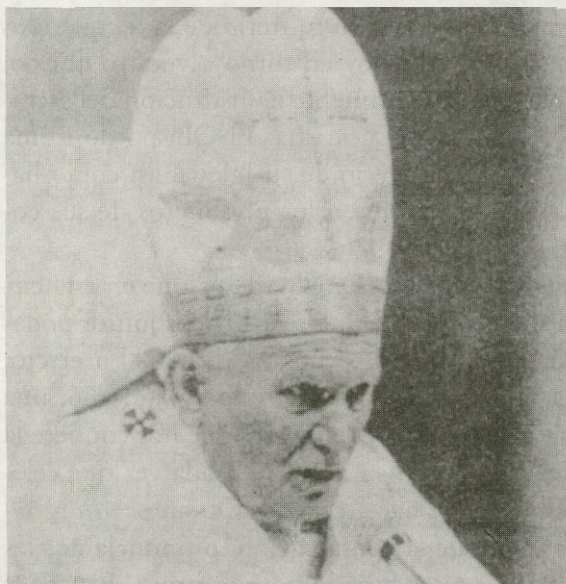
Amén.

CARTA A LOS SACERDOTES

(Jueves Santo de 1994)

Queridos hermanos en el sacerdocio:

❶ Nos encontramos hoy en torno a la Eucaristía, la cual, como recuerda el Concilio Vaticano II, «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia»



(*Presbyterorum ordinis*, 5). Cuando en la liturgia del Jueves Santo hacemos memoria de la institución de la Eucaristía, vemos muy claro lo que Cristo nos ha dejado en tan sublime sacramento: «*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*» (Jn 13,1). Esta expresión de San Juan encierra, en cierto modo, toda la verdad sobre la Eucaristía; verdad que

constituye a la vez el centro de la verdad sobre la Eucaristía; verdad que constituye a la vez el centro de la verdad sobre la Iglesia. En efecto, es como si la Iglesia naciera cotidianamente de la Eucaristía, celebrada en muchos lugares de la tierra en condiciones tan variadas y entre culturas tan diversas, de tal manera que la renovación del misterio eucarístico es como una «creación» diaria. Gracias a la celebración de la eucaristía madura cada vez más la conciencia evangélica del pueblo de Dios, ya sea en las naciones de tradición cristiana secular, ya sea en los pueblos que han entrado recientemente en la nueva perspectiva que la cultura de los hombres recibe, siempre y en todas partes, por medio del misterio de la encarnación del Verbo y de la redención con su muerte en cruz y su resurrección.

El Triduo Santo nos introduce de manera única en este misterio para todo el año litúrgico. La liturgia de la institución de la Eucaristía constituye una singular anticipación de la Pascua, que se desarrolla a través del Viernes Santo y la Vigilia Pascual hasta el Domingo y la Octava de la Resurrección.

NUEVA VIDA

En el umbral de la celebración de este gran misterio de la fe, queridos hermanos en el sacerdocio, os encontráis hoy en torno a vuestro obispo, en la catedral de la diócesis, para vivir nuevamente la institución del sacramento del sacerdocio junto con el de la Eucaristía. El Obispo de Roma celebra esta liturgia rodeado por el Presbiterio de su Iglesia, así como hacen mis hermanos en el Episcopado junto con los presbíteros de sus comunidades diocesanas.

Este es el motivo del encuentro de hoy. Por ello, deseo que en esta circunstancia os llegue una palabra mía especial, para que todos juntos podamos vivir plenamente el gran don que Cristo nos ha dejado. En efecto, para nosotros, presbíteros, el sacerdocio constituye el don supremo, una llamada particular a participar en el misterio de Cristo, que nos confiere la sublime posibilidad de hablar y actuar en su nombre. Cada vez que celebramos la eucaristía, esta posibilidad se hace realidad. Obramos «*in persona Christi*» cuando, en el momento de la consagración, pronunciamos las palabras: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía». Hacemos precisamente esto: con gran humildad y profunda gratitud. Este acto sublime, y al mismo tiempo sencillo, de nuestra misión cotidiana de sacerdotes hace llegar, podría decirse, nuestra humanidad hasta los últimos confines.

Participamos en el misterio de la encarnación del Verbo, «Primogénito de toda la creación» (Col 1,15), que en la Eucaristía devuelve al Padre todo lo creado, el mundo del pasado y del futuro y, ante todo, el mundo contemporáneo, en el cual vive con nosotros, está presente por medio nuestro y precisamente por medio nuestro ofrece al Padre el sacrificio redentor. Participamos en el misterio de Cristo, «el Primogénito de entre los

muertos» (Col 1,18), que en su Pascua transforma incesantemente el mundo haciéndolo caminar hacia «la revelación de los hijos de Dios» (Rom 8,19). Así pues, la realidad entera, en cualquiera de sus aspectos, se hace presente en nuestro magisterio eucarístico, que se abre a la vez a toda exigencia personal concreta, a todo sufrimiento, esperanza, alegría o tristeza, según las intenciones que los fieles presentan en la Santa Misa. Nosotros acogemos estas intenciones con espíritu de caridad, insertando así todo problema humano en la dimensión de la redención universal.

Queridos hermanos en el sacerdocio: Este ministerio forja una nueva vida en nosotros y en torno a nosotros. La Eucaristía evangeliza los ambientes humanos y nos consolida en la esperanza de que las palabras de Cristo no pasan (cf. Lc 21,33). No pasan sus palabras, por estar enraizadas en el sacrificio de la Cruz. Nosotros somos testigos singulares y ministros privilegiados de la perpetuidad de esta verdad y del amor divino. Entonces podemos alegrarnos juntos, si los hombres sienten la necesidad del nuevo Catecismo, si toman en sus manos la Encíclica *Veritatis splendor*. Todo esto nos lleva a la convicción de que nuestro ministerio del Evangelio resulta fructífero gracias a la Eucaristía. Por otra parte, durante la Última Cena, Cristo dijo a los apóstoles: «No os llamo ya siervos...; a vosotros os he llamado amigos... No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15,15-16).

¡Qué inmensa riqueza de contenidos nos ofrece la Iglesia durante el Triduo Santo, y especialmente hoy, Jueves Santo, en la liturgia crismal! Estas palabras mías reflejan sólo parcialmente los sentimientos que cada uno de vosotros lleva ciertamente en el corazón. Y esta Carta para el Jueves Santo servirá quizá para que las múltiples manifestaciones del don de Cristo, en el corazón de tantas personas, confluyan ante la majestad del gran «misterio de la fe» en un significativo compartir lo que el sacerdocio es y será para siempre en la Iglesia. Que nuestra unión en torno al altar incluya a quienes llevan en sí la señal indeleble a este sacramento, recordando también a aquellos hermanos nuestros que de alguna manera se han alejado del sagrado ministerio. Confío que este acuerdo lleve a cada uno de nosotros a vivir aún más profundamente la sublimidad del don del sacerdocio de Cristo.

② Hoy, queridos hermanos, deseo entregaros idealmente la Carta que he dirigido a las familias en el año dedicado a ellas. Considero una circunstancia providencial que la Organización de las Naciones Unidas haya proclamado el 1994 como Año Internacional de la Familia. La Iglesia, al contemplar el misterio de la Sagrada Familia de Nazaret, participa en esta iniciativa, encontrando en ella una ocasión propicia para anunciar el «*evangelio de la familia*». Cristo lo proclamó con su vida oculta en Nazaret, en el seno de la Sagrada Familia. Este evangelio fue anunciado después por la Iglesia apostólica, como vemos en el Nuevo Testamento y, más tarde, fue testimoniado por la Iglesia postapostólica, de la cual hemos heredado la costumbre de considerar la familia como «Iglesia doméstica».

En nuestro siglo, «*el evangelio de la familia*» es presentado por la Iglesia a través de tantos sacerdotes, párrocos, confesores, obispos; en particular, por medio del Sucesor de Pedro. Casi todos mis predecesores han dedicado a la familia una parte significativa de su «magisterio petrino». Además, el Concilio Vaticano II ha expresado su amor por la institución familiar a través de la constitución pastoral *Gaudium et spes*, en la cual ha reafirmado la necesidad de defender la dignidad del matrimonio y de la familia en el mundo contemporáneo.

El Sínodo de los Obispos de 1980 es el origen de la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, que puede considerarse la carta magna de la Pastoral de la Familia. Las dificultades del mundo contemporáneo, y especialmente de la familia, afrontadas con valentía por Pablo VI en la encíclica *Humanae vitae*, exigían una visión global sobre la familia humana y sobre la «Iglesia doméstica» en la sociedad actual. La exhortación apostólica se ha propuesto precisamente esto. Ha sido necesario elaborar nuevos métodos de acción pastoral según las exigencias de la familia contemporánea.

En síntesis, se podría decir que la solicitud por la familia, y en particular por los cónyuges, los niños, los jóvenes y los adultos, exige ante todo de nosotros, sacerdotes y confesores, el descubrimiento y la constante promoción del apostolado de los laicos en ese ámbito. La Pastoral Familiar – lo sé por mi experiencia personal– constituye en cierto modo la quintaesencia de la actividad de los sacerdotes a cualquier nivel. De todo esto

habla la *Familiaris consortio*. La «Carta a las Familias» no hace más que recoger y actualizar este patrimonio de la Iglesia postconciliar.

Deseo que esta Carta sea útil a las familias en la Iglesia y fuera de la Iglesia; que os ayude a vosotros, queridos sacerdotes, en vuestro ministerio pastoral dedicado a las familias. Es similar a la «Carta a los Jóvenes», de 1985, con la que se inició una gran animación apostólica y pastoral de los jóvenes en todo el mundo. De este movimiento, son expresión las Jornadas Mundiales de la Juventud, celebradas en las parroquias, en las diócesis y a nivel de toda la Iglesia, como la desarrollada recientemente en Denver, en los Estados Unidos.

Esta «Carta a las Familias» es más amplia. En efecto, la problemática de la familia es universal y más compleja. Al preparar su texto, me he convencido una vez más de que el magisterio del Concilio Vaticano II, y en particular la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, es una rica fuente de pensamiento y de vida cristiana. Espero que esta Carta, inspirada en la enseñanza conciliar, constituya para vosotros una ayuda no menor que para todas las familias de buena voluntad, a las cuales va dirigida.

Para una correcta comprensión de este contexto, convendrá volver a aquel pasaje de los Hechos de los Apóstoles donde se dice que las primeras Comunidades «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (2,42). La «Carta a las Familias» no es tanto un tratado doctrinal, sino más bien una preparación y exhortación a **la oración con las familias y por las familias**. Este es el primer cometido mediante el cual vosotros, queridos hermanos, podéis iniciar o desarrollar la Pastoral y el apostolado de las familias en vuestras comunidades parroquiales. Ante la pregunta, ¿cómo realizar los objetivos del Año de la Familia?, la exhortación a la oración, contenida en la carta, os indica en cierto modo el camino más sencillo a seguir. Jesús dijo a los apóstoles: «separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Por tanto, está claro que debemos «contar con El»; es decir, de rodillas y en oración. «Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). Las palabras de Cristo deben traducirse en cada Comunidad mediante iniciativas concretas. A partir de estas palabras se puede elaborar un buen programa pastoral, aun con gran escasez de medios.

¿Cuántas familias rezan en el mundo! Rezan los niños, a los cuales pertenece, en primer lugar, el Reino de los cielos (cf. Mt 18,25); gracias a ellos rezan no solamente las madres, sino también los padres, reemprendiendo a veces la práctica religiosa de la que se habían alejado. ¿Acaso no se experimenta esto con ocasión de la Primera Comunión? ¿Y no se advierte, quizá, cómo aumenta el fervor espiritual de los jóvenes, y no sólo de ellos, con ocasión de peregrinaciones a santuarios? Los antiquísimos itinerarios de peregrinación en Oriente y Occidente –comenzando por los que llevan a Jerusalén, Roma, y Santiago de Compostela, y siguiendo por los que van a los santuarios marianos de Lourdes, Fátima, Jasna Góra y otros muchos– han sido a lo largo de los siglos una ocasión para descubrir a la Iglesia por parte de multitud de creyentes y también de numerosas familias. El Año de la Familia debe consolidar, acrecentar y enriquecer esta experiencia. Que lo tengan en cuenta todos los pastores y todos los organismos responsables de la Pastoral Familiar, de acuerdo con el Pontificio Consejo para la Familia, encargado de este ámbito a nivel de Iglesia universal. Como es sabido, el presidente de dicho Consejo inauguró en Nazaret el Año de la Familia, en la solemnidad de la Sagrada Familia, el 26 de diciembre de 1993.

LA IGLESIA, CASA DE DIOS

③ «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Act 2,42). Según la Constitución *Lumen genitum*, la Iglesia es la «casa de Dios (cf. 1 Tim 3,15) en la que habita su familia, habitación de Dios en el Espíritu (cf. Ef 2,19-22), tienda de Dios con los hombres (cf. Ap 21,3)» (n. 6). De esta manera, la imagen «casa de Dios», entre otras tantas imágenes bíblicas, es recordada por el Concilio para presentar la Iglesia. Por otra parte, dicha imagen está incluida de alguna manera en todas las demás; está presente también en la analogía paulina del Cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12,13.27; Rom 12,5), mencionada por Pío XII en su histórica encíclica *Mystici corporis*; pertenece igualmente al ámbito del Pueblo de Dios, según el Concilio. El Año de la Familia es para todos nosotros una llamada a hacer que la Iglesia sea todavía más «casa en la que habita la familia de Dios».

Es una llamada, una invitación, que puede resultar extraordinariamente fecunda para la evangelización del mundo contemporáneo. Como he escrito en la «Carta a las Familias», la dimensión fundamental de la existencia humana, constituida por la familia, está amenazada seriamente en diversas partes por la civilización contemporánea (cf. n. 13). Y, sin embargo, éste «ser familia» de la vida humana representa un gran bien para el hombre. La Iglesia desea servirlo. El Año de la Familia constituye, por tanto, una ocasión significativa para renovar el «ser familia» de la Iglesia en sus diversos ámbitos.

Queridos hermanos en el sacerdocio, cada uno de vosotros encontrará seguramente en la oración la luz necesaria para saber cómo poner en práctica todo esto; vosotros, en vuestras parroquias y en los diversos campos de trabajo evangélico; los obispos, en sus diócesis; la Sede Apostólica, respecto de la Curia Romana, siguiendo la constitución apostólica *Pastor bonus*.

La Iglesia, conforme a la voluntad de Cristo, se esfuerza en ser cada vez más «familia», y la labor de la Sede Apostólica se orienta a favorecer este crecimiento. Lo saben bien los obispos, que vienen en visita *ad limina Apostolorum*. Sus visitas, tanto al Papa como a los dicasterios, aun cumpliendo lo prescrito por la ley canónica, pierden cada vez más el antiguo sabor jurídico-administrativo. Se constata de manera creciente un clima de «intercambio de dones», según la enseñanza de la constitución *Lumen gentium* (cf. n. 13). Los hermanos en el Episcopado con frecuencia dan testimonio de ello durante nuestros encuentros.

En esta circunstancia deseo referirme al directorio preparado por la Congregación para el Clero, que será entregado a los obispos, a los consejos presbiterales y a todos los sacerdotes. Ello contribuirá ciertamente a la renovación de su vida y de su ministerio.

④ La llamada a la oración con las familias y por las familias, queridos hermanos, implica a cada uno de vosotros de manera muy personal. Debemos la vida a nuestros padres y con ellos tenemos una deuda constante de gratitud. Con ellos, todavía vivos o si ya pasaron a la eternidad, estamos unidos por un estrecho vínculo que el tiempo no puede destruir. Si debemos a Dios nuestra vocación, un papel significativo en ésta lo han tenido también ellos. La decisión de un hijo de dedicarse al ministerio sacerdotal,

especialmente en tierras de misión, constituye un sacrificio no pequeño para los padres. Así fue también para nuestros seres queridos, los cuales, sin embargo, ofrecieron a Dios sus sentimientos, dejándose guiar por su fe profunda, y nos acompañaron luego con la oración, como hizo María con Jesús, cuando dejó la casa de Nazaret para emprender su misión mesiánica.

¡Qué experiencia para cada uno de nosotros, y también para nuestros padres, para nuestros hermanos y hermanas y demás seres queridos, el día de la primera misa! ¡Qué acontecimiento para la parroquia en la que fuimos bautizados y para los ambientes que nos vieron crecer! Cada nueva vocación hace que la parroquia sea consciente de la fecundidad de su maternidad espiritual; cuanto más frecuentemente sucede esto, tanto más grande es el estímulo para los demás. Cada sacerdote puede decir de sí mismo: Soy deudor de Dios y de los hombres. Son numerosas las personas que nos han acompañado con el corazón y con la plegaria, así como son numerosas las que acompañan con el recuerdo y la oración mi ministerio en la Sede de Pedro. Esta gran solidaridad orante es para mí una gran fuerza. Sí, los hombres ponen su confianza en nuestra vocación al servicio de Dios. La Iglesia ora constantemente por las nuevas vocaciones sacerdotales; se alegra por su aumento; se entristece por su escasez en algunos lugares; así como se entristece por la poca generosidad de muchas personas.

En este día renovamos cada año nuestras promesas que van unidas al sacramento del sacerdocio. Es grande el alcance de tales promesas. Se trata de la palabra dada al mismo Cristo. La fidelidad a la vocación edifica la Iglesia. Por el contrario, cada infidelidad es una dolorosa herida al cuerpo místico de Cristo. La fidelidad a la vocación edifica la Iglesia. Por el contrario, cada infidelidad es una dolorosa herida al cuerpo místico de Cristo. Mientras, reunidos juntos, contemplamos el misterio de la Eucaristía y el sacerdocio, suplicamos al Sumo Sacerdote, que —como dice la Sagrada Escritura— fue fiel (cf. Heb 2,17), que nosotros nos mantengamos también fieles. Con el espíritu de esta «fraternidad sacramental» oremos unos por otros: los sacerdotes por los sacerdotes. ¡Que el Jueves Santo sea para nosotros una nueva llamada a cooperar con la gracia del sacramento del sacerdocio! Oremos por nuestras familias espirituales, por las personas confiadas a nuestro misterio; oremos especialmente por quienes esperan de modo particular nuestra oración que tanto necesitan. La fidelidad a la oración haga que Cristo sea cada vez más la vida de nuestras almas.

¡Oh gran sacramento de la fe, oh santo sacerdocio del Redentor del mundo! Cuánto te agradecemos, Señor, el habernos admitido a la comunión contigo, el habernos hecho una comunidad única en torno a ti, el permitirnos celebrar tu sacrificio incruento y ser ministros de los divinos misterios en todo lugar: en el altar, en el confesionario, en el púlpito, en las visitas a los enfermos y a los presos, en las aulas escolares, en las cátedras universitarias, en los despachos en que trabajamos ¡Alabada sea la Santísima Trinidad! ¡Te saludo, Iglesia de Dios, que eres el pueblo sacerdotal (cf. 1 Pe 2,9), redimido en virtud de la preciosísima Sangre de Cristo!

Vaticano, 13 de marzo, IV domingo de Cuaresma, del año 1994, decimosexto de mi Pontificado.

JOANNES PAULUS II

CRISTO RESUCITADO, PIEDRA ANGULAR DE LA FAMILIA

Mensaje «Urbi et Orbi» de Juan Pablo II en la Pascua de 1994

❶ Pedro llegó al sepulcro junto con Juan, entró, se inclinó y vio el sudario en el suelo: «*vio y creyó*» (Jn 20,8). Junto con Juan volvió luego al Cenáculo, donde los apóstoles estaban reunidos, por miedo a los judíos. El mismo día después del sábado, de noche, Jesús, vendrá al Cenáculo, estando las puertas cerradas. Saluda a los Apóstoles diciendo: «*¡Paz a vosotros!*» y añade: «Como el Padre me ha mandado a mí, también yo os envío a vosotros (...). Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20,21-22). De esta manera, Cristo resucitado saluda a esta *familia particular*, a esta *reunión apostólica de la Iglesia*, a la que ha confiado el misterio pascual, misterio de muerte y resurrección.

❷ Preanuncio de tal evento fue la *primera Pascua* de la Antigua Alianza, en la noche del éxodo de Egipto. A la orden de Moisés, se reunieron los hijos y las hijas de Israel *en las casas con sus familias* y allí *experimentaron la salvación mediante la sangre del cordero*, asperjada sobre los dinteles de sus casas. Luego llegó la liberación. Moisés condujo fuera de Egipto al pueblo, a todas las familias reunidas en una, haciéndolas atravesar el Mar Rojo, para festejar la Pascua en el desierto

y para comer los alimentos santos llevados de Egipto.
Comenzó así el camino hacia la Tierra prometida,
un camino durante el cual Dios cambió sus corazones y les puso dentro
un espíritu nuevo (cf. Ez 11,19).
En el desierto se cumplía la gran Pascua del pueblo elegido,
que habría de ser luego celebrada
de generación en generación.

③ «Como el Padre me ha enviado a mí, también yo os envío».
En el cenáculo pascual del año del Señor de 1994,
la familia humana vuelve a descubrir su misión.
La eterna vocación confiada por Yahvé al hombre,
creado varón y mujer.
Dijo Dios: «Por esto el hombre
abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer
y serán los dos una sola carne» (Gén 2,24).
Al Cenáculo viene el mismo Cristo,
que aquí ha orado al Padre
para que todos sean una sola cosa.
«Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti,
que también ellos sean una sola cosa» (Jn 17,21).
Orando así, El abría a la inteligencia humana
perspectivas inalcanzables;
revelaba que hay una cierta semejanza
entre la unidad de las Personas Divinas
y la unidad de los hijos de Dios,
asociados en la verdad y en el amor.
«Esta similitud manifiesta que el hombre,
que es la sola criatura en la tierra
que Dios haya querido por sí misma,
no puede encontrar su propia plenitud
si no es en la entrega sincera de sí a los demás» (GS 24).

④ *Vocación de la familia es la de descubrir,
junto con Cristo, esta verdad sobre el hombre.*

Vocación de la familia es la de revestir esta verdad
en la forma viva de la única e irrepetible comunidad humana,
formada por los padres y los hijos;
comunidad de amor y de vida,
comunidad de las generaciones.

Piedra angular de esta comunidad es Cristo resucitado.

Es necesario que la vida de cada familia
esté escondida con Cristo en Dios (cf. Col 3,3).

Es preciso que, mediante este esconderse,
ella madure en la gloria de la resurrección.

⑤ *A las familias les es necesaria
esta potencia que proviene de Dios,
de otra manera no serán capaces
de responder a su vocación.*

A las familias les es necesaria esta potencia divina
particularmente en nuestros días,
que en múltiples amenazas asedian a la familia
en las raíces mismas de su existencia.

Son, por tanto, indispensables a las familias humanas
las palabras pronunciadas por Cristo resucitado:

«Tened confianza; yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

A la gran familia de los pueblos
llegue hoy este anuncio de la Resurrección,
que es irrupción de luz y de vida
para todos los habitantes de la tierra.

Hermanos y Hermanas, escuchad este anuncio.

¡Acogedlo en vuestro corazón!

Si en Cristo muerto y resucitado Dios triunfa en el mundo,
también el hombre puede triunfar sobre el pecado
y vencer sus secuelas.

La Humanidad tiene necesidad de Cristo:
Es la fuente de la paz, de la vida que nunca muere.

⑥ Que esta alegre noticia
resuene, sobre todo, en Jerusalén,
como ocurrió la primera vez.
Que pueda resonar en los Balcanes, en el Cáucaso,
en Africa y en Asia y en todas las Naciones
donde aún continúa el fragor de las armas,
donde los nacionalismos provocan
peligrosas formas de extremismos nefastos,
donde etnias y clases sociales se enfrentan sin tregua.
Que este anuncio de paz
inspire a cuantos en la sociedad del bienestar
se esfuerzan por dar sentido a la vida
y a hacer posible una convivencia civil
sobre la base de los valores más en sintonía
con la dignidad del hombre y a su vocación trascendente.
¡Qué el amor venza al odio!
Los pueblos, postrados por la miseria material y moral,
tienen sed de seguridad y de paz.
¿Cuándo podrán finalmente los hombres vivir
como hermanos y en solidaridad?

CARTA A LOS JEFES DE ESTADO DE TODO EL MUNDO

⑦ En este día de alegría y de luz,
frente a la vida que irrumpe en la historia,
que retroceda la cultura de muerte,
que humilla al ser humano,
no respetando las criaturas más débiles y frágiles,
e intenta incluso desquiciar
la dignidad sagrada de la familia,
corazón de la sociedad y de la Iglesia.
Preocupado por estas amenazas,

voy a enviar en estos días una carta
a todos los jefes de Estado del mundo,
con ocasión del Año Internacional de la Familia,
convocado por la Organización de las Naciones Unidas
con la cordial adhesión de la Iglesia católica.
En la carta pido que se haga cualquier esfuerzo
para que no se disminuya el valor de la persona humana,



ni el carácter sagrado de la vida,
ni la capacidad del hombre para amar y donarse.
La familia permanece como la principal fuente de Humanidad:
Todo Estado debe tutelarla como tesoro precioso.

⑧ En esta mañana de Pascua,
¡cuánto deseáramos que cada hombre y cada mujer acogiera
la luz de Cristo que despeja las tinieblas
e inaugura el triunfo de la vida sobre la muerte!
Hermanos y hermanas de toda la tierra,
benedicid con nosotros «este día que hizo el Señor».
Cristo ha resucitado. ¡Aleluya!

JUAN PABLO II

XXVIII Jornada mundial de las comunicaciones sociales (17 de abril Mensaje Pontificio)

Queridos Hermanos y Hermanas:

En los últimos decenios la Televisión ha revolucionado las comunicaciones, influenciando profundamente la vida familiar. Hoy, la Televisión es una fuente primaria de noticias, informaciones y entretenimiento para innumerables familias y forma parte de sus actitudes y opiniones, de sus valores y modelos de comportamiento.

I. INFLUENCIAS DE LA TELEVISIÓN EN LA FAMILIA

La televisión puede enriquecer la vida familiar. Puede unir más estrechamente a los miembros de la familia y promover la solidaridad hacia otras familias y hacia la comunidad en general. Puede acrecentar no solamente su conocimiento general, sino también el religioso, facilitando la escucha de la Palabra de Dios, el reforzamiento de la propia identidad religiosa y el alimento de su vida moral y espiritual.

La televisión puede también perjudicar la vida familiar: al difundir valores y modelos de comportamiento falseados y degradantes, al mandar en onda pornografía e imágenes de brutal violencia; al inculcar el relativismo moral y el escepticismo religioso; al dar a conocer relaciones deformadas, informes manipulados de acontecimientos nuevos y cuestiones actuales; al transmitir publicidad que explota y reclama los bajos instintos y exalta una visión falseada de la vida que obstaculiza la realización del mutuo respeto, de la justicia y de la paz.

Incluso cuando los programas televisivos no son moralmente criticables, la televisión puede tener efectos negativos en la familia. Puede contribuir al aislamiento de los miembros de la familia en sus propios mundos, impidiendo las auténticas relaciones interpersonales; puede también dividir a la familia, alejando los padres de los hijos y los hijos de los padres.

Dado que la renovación moral y espiritual de toda la familia humana ha de encontrar su raíz en la auténtica renovación de cada una de las familias, el tema de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 1994 «*Televisión y familia: criterios para saber mirar*» resulta especialmente adecuado, sobre todo durante este Año Internacional de la Familia, en el que la comunidad mundial está buscando la manera de reforzar la vida familiar.

En este mensaje, deseo subrayar especialmente las responsabilidades de los padres, de los hombres y de las mujeres de la industria televisiva, de las autoridades públicas y de aquellos que cumplen sus deberes pastorales y educativos en el interior de la Iglesia. En sus manos está el poder hacer de la televisión un medio cada vez más eficaz para ayudar a las familias a llevar adelante su propio papel que es el de constituir una fuerza de renovación moral y social.

II. LOS PADRES

Dios ha investido a los padres con la grave responsabilidad de ayudar a los hijos a «buscar la verdad y a vivir en conformidad con la misma, a buscar el bien y a promoverlo» (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1991, n.3*). Estos tienen pues el deber de conducir a sus hijos a que aprecien «todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable» (*F/lp. 4,8*).

Por tanto, además de ser espectadores en grado de discernir por sí mismos, los padres debieran contribuir activamente a formar en los propios hijos hábitos en el mirar la televisión que lleven a un sano desarrollo humano, moral y religioso. Los padres debieran anticipadamente informar a los propios hijos acerca del contenido de los programas y hacer una selección concienzuda sobre aquella base para el bien de la familia –mirar o no mirar–. Con esta finalidad pueden resultar útiles las recensiones y juicios facilitados por agencias religiosas y por otros grupos responsables y también adecuados programas educativos propuestos por los Medios de Comunicación Social. Los padres debieran también discutir de la televisión con los propios hijos, poniéndolos en condiciones de regular la cantidad y la cualidad de los programas y de darse cuenta y juzgar los valores éticos

que están en la base de determinados programas, porque la familia es «el vehículo privilegiado para la transmisión de aquellos valores religiosos y culturales que ayudan a la persona a adquirir la propia identidad» (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1994, n. 2*).

Formar los hábitos de los hijos, a veces, puede simplemente querer decir cerrar el televisor porque hay algo mejor que hacer, porque la consideración hacia otros miembros de la familia lo pide o porque la visión indiscriminada de la televisión puede ser perjudicial. Los padres que hacen uso regular, prolongado, de la televisión, como una especie de **niñera electrónica** abdican de su papel de educadores primarios de los propios hijos. Tal dependencia de la televisión puede privar a los miembros de la familia de las posibilidades de interacción mutua a través de la conversación, las actividades y la oración comunes. Los padres con sabiduría son también conscientes del hecho de que los buenos programas han de integrarse con otras fuentes de información, entretenimiento, educación y cultura.

Para garantizar que la industria televisiva tutele los derechos de las familias, los padres debieran poder expresar sus legítimas preocupaciones a productores y responsables de los medios de comunicación social. A veces resultará de utilidad unirse a otros formando asociaciones que representen sus intereses en relación a los medios de comunicación, a los patrocinadores y anunciantes y a las autoridades públicas.

III. LOS QUE HACEN TELEVISIÓN

Aquellos que trabajan para la televisión —dirigentes y responsables, productores y directores, autores y estudiosos, periodistas, personajes de la pantalla y técnicos— tienen todas serias responsabilidades hacia las familias, que constituyen una porción tan considerable de su público. En su vida profesional y personal, aquellos que trabajan en el ámbito televisivo debieran comprometerse ante la familia en cuanto fundamental comunidad social de vida, amor y solidaridad. Reconociendo la influencia de la estructura en la que trabajan, debieran promover los valores espirituales y morales sanos y evitar «todo aquello que pudiera perjudicar a la familia en su existencia, en su estabilidad, en su equilibrio y en su felicidad», comprendidos «erotismo o violencia, la defensa del divorcio y de actitudes an-

tisociales entre los jóvenes» (*Pablo VI. Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, n. 2*).

La Televisión a menudo se ocupa de temas serios: la debilidad y el pecado humano y sus consecuencias para los individuos y la sociedad; el fracaso de instituciones sociales, incluidos gobierno y religión; apremiantes cuestiones acerca del sentido de la vida. Esta debiera tratar estos temas de manera responsable, sin sensacionalismo y con sincera solicitud hacia el bien de la sociedad, así como con escrupuloso respeto por la verdad. «La verdad os hará libres» (*Jn 8,32*), ha dicho Jesús y, al fin, toda la verdad tiene en Dios su fundamento, que es también la fuente de nuestra libertad y creatividad.

Al cumplir las propias responsabilidades, la industria televisiva debiera desarrollar y observar un código ético que incluyera el compromiso de satisfacer las necesidades de las familias y de promover los valores que sostienen la vida familiar. También los consejos de los Mass Media, formados ya por miembros de la industria, ya por representantes del público, son un modo deseable para hacer la televisión más reactiva a las necesidades y a los valores de sus espectadores.

Los canales televisivos, tanto de gestión pública como privada, representan un medio público al servicio del bien común: éstos no son la mera garantía privada de intereses comerciales o un instrumento de poder o de propaganda para determinados grupos sociales, políticos o económicos; su razón de ser es el servicio al bienestar de la sociedad en su totalidad.

Por tanto, en cuanto «célula» fundamental de la sociedad, la familia merece ser asistida y defendida con medidas apropiadas por parte del estado y de otras instituciones (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1994, n. 5*). Lo cual subraya algunas responsabilidades por parte de las autoridades públicas que se ocupan de la televisión.

IV. LA IGLESIA

Reconociendo la importancia de un intercambio libre de ideas y de informaciones, la Iglesia sostiene la libertad de palabra y de prensa (cf. *Gaudium et spes, 59*). Al propio tiempo, insiste en el hecho de que «el derecho de cada uno, de las familias y de la sociedad al respeto de la vida privada, a

la pública decencia y a la protección de los valores fundamentales» ha de ser respetado (*Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, Pornografía y violencia en las Comunicaciones Sociales: Una Respuesta Pastoral*, n. 21). Se invita a las autoridades públicas a que establezcan y hagan respetar razonables modelos éticos para la programación, que habrán de promover los valores humanos y religiosos en los cuales se basa la vida familiar y desanimarán todo aquello que es dañino. Las mismas debieran, además, promover el diálogo entre la industria televisiva y el público, facilitando estructuras y oportunidades para que pueda tener lugar.

Por su parte, las agencias religiosas prestan un servicio excelente a las familias, instruyéndolas acerca de los medios de comunicación social y ofreciéndoles juicios sobre filmes y programas. En donde los recursos lo hacen posible, las agencias eclesiales de comunicación pueden también ayudar a las familias produciendo y transmitiendo programas para las familias o promoviendo este tipo de programación. Las Conferencias Episcopales y las Diócesis debieran saber mostrar, con energía, la «dimensión familiar» de la televisión, como parte de su programa pastoral para las comunicaciones (cf. *Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, Aetatis novae*, 21-23).

Ya que los profesionales de la televisión se esfuerzan en presentar una visión de la vida a un amplio público, que incluye niños y adolescentes, tendrían que poder disfrutar del ministerio pastoral de la Iglesia, que tanto puede ayudarles a apreciar aquellos principios éticos y religiosos que confieren pleno significado a la vida humana y familiar. «Programas pastorales en grado de garantizar una formación permanente capaz de ayudar a estos hombres y a estas mujeres –muchos de los cuales están sinceramente deseosos de saber y de practicar aquello que es justo en el campo ético y moral– a estar cada vez más imbuidos por los criterios morales, en su vida tanto profesional como *privada*» (*ibid.*, 19).

La familia, basada en el matrimonio, es una comunicación única de personas que Dios ha constituido en «la unidad fundamental y natural de la sociedad» (*Declaración Universal de los Derechos del Hombre*, art. 16,3). La Televisión y los otros medios de comunicación social tienen un poder inmenso para sostener y reforzar tal comunión en el interior de la familia, así como la solidaridad hacia otras familias y un espíritu de servicio hacia la sociedad. Agradecida por la contribución a tal comunión en el seno de

las familias y entre las mismas que la televisión, en cuanto medio de comunicación, ha dado y puede dar, la Iglesia –ella misma una comunión en la verdad y en el amor de Jesucristo, la Palabra de Dios– aprovecha la ocasión de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales para animar a las mismas familias, a aquellos que trabajan en el ámbito de los medios de comunicación y a las autoridades públicas a que realicen en pleno su noble mandato de reforzar y promover la primera y más vital comunidad de la sociedad: la familia.

Dado en el Vaticano, 24 de Enero de 1994.

JOANNES PAULUS II